

ARTÍCULO

Estrategias de ascenso socioeconómico a través de prácticas racializadas en la sociedad cusqueña de La voluntad del molle (2006) de Karina Pacheco

Socioeconomic mobility strategies through racialized practices in cusqueñan society in La voluntad del molle (2006) by Karina Pacheco

Angelica Isabel Amaro-Pinazo

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, Perú

angelica.amaro@upc.edu.pe

ORCID: 0009-0004-3712-8793

Recibido: 19.08.25 — Aceptado: 24.11.25

<https://doi.org/10.30920/letras.97.146.4>



RESUMEN

El presente artículo se centra en el análisis de *La voluntad del molle* (2006), primera novela de la escritora cusqueña Karina Pacheco. La hipótesis de la investigación busca demostrar que el racismo se manifiesta como una estrategia de ascenso socioeconómico de la sociedad cusqueña de la segunda mitad del siglo XX representada en la novela. En este periodo, se identifican diversas prácticas racistas de uso común entre los ciudadanos del Cusco, especialmente en las familias de clase media-alta, personificadas en la figura de mamá Gema. Estos hábitos se materializan a través de los prejuicios vinculados al color de piel, linaje, rasgos y apellidos indígenas, y se traducen en actos de discriminación justificados en los marcadores sociales mencionados. Para ello, se aplica el concepto de subalternidad, propuestos por Ranajit Guha y John Beverly, para examinar la condición del sujeto subalterno, construida desde las dinámicas de poder impuestas por las élites dominantes. Asimismo, se evidencia que el “blanqueamiento social”, fenómeno estudiado por Juan Carlos Callirgos y José Solís, es un medio de superación económica y social que los grupos dominantes utilizan a través de la práctica de los prejuicios racistas y actos discriminatorios. Como resultado del estudio, se demuestra que las prácticas racializadas funcionan como estrategias transgeneracionales para la conservación del estatus social y el mantenimiento de la unidad de la familia tradicional peruana, en la narrativa ficcional ofrecida en la novela.

PALABRAS CLAVE: racismo; discriminación; subalternidad; blanqueamiento social; Karina Pacheco

ABSTRACT

This article focuses on the analysis of *La voluntad del molle* (2006), the first novel by the Cusco-born writer Karina Pacheco. The research hypothesis seeks to demonstrate that racism operates as a strategy for socioeconomic mobility in Cusco society during the second half of the twentieth century, as represented in the novel. The study argues that the novel represents racism as a set of normalized social practices, particularly within upper-middle-class families, embodied in the character of Mamá Gema. These practices are articulated through prejudices related to skin color, lineage, physical features, and Indigenous surnames, which legitimize discriminatory behaviors based on socially constructed racial markers. Methodologically, the study applies the concept of subalternity, as proposed by Ranajit Guha and John Beverley, in order to examine the condition of the subaltern subject, constructed through power dynamics imposed by dominant elites. Moreover, the article demonstrates that “social whitening,” a phenomenon studied by Juan Carlos Callirgos and José Solís, functions as a means of economic and social mobility employed by dominant groups through the enactment of racist prejudices and discriminatory practices. As a result, the study demonstrates that racialized practices operate as transgenerational strategies for the preservation of social status and the maintenance of the unity of the traditional Peruvian family within the fictional narrative presented in the novel.

KEYWORDS: racism; discrimination; subalternity; social whitening; Karina Pacheco



1. Introducción

En la literatura peruana contemporánea, la narrativa de Karina Pacheco se ha consolidado como una de las propuestas más significativas para analizar la memoria histórica, las desigualdades sociales y las tensiones identitarias que atraviesan al Perú desde la etapa de la colonia hasta nuestros días. Su primera novela, *La voluntad del molle* (2006), constituye no solo el inicio de su trayectoria literaria, sino también una lectura clave para comprender el racismo en el Perú, el cual, lejos de ser un rezago del pasado colonial, se configura como un mecanismo de jerarquización social y económica que, sumado al contexto del conflicto armado interno, aún permanece imperante en la actualidad.

Existen estudios, entre artículos académicos, de prensa y reseñas, sobre la narrativa de Karina Pacheco, en especial de su novela representativa, *La voluntad del molle* (2006); no obstante, son escasas las investigaciones que abordan el discurso del racismo como estrategia de superación económica y social en la representación de la sociedad cusqueña, a pesar de ser una realidad vigente en la sociedad peruana. Entre los artículos de prensa destaca el de Meza (2012), quien resalta la verosimilitud de las conversaciones de las hermanas protagonistas. Ardito (2012), por su parte, menciona que la novela representa la paradoja peruana de que una misma persona sea agradable con sus seres queridos, pero cruel y despiadada con los empleados del hogar. Ágreda (2016) rescata las historias de los personajes secundarios y sus representaciones, como la tía Julia (racismo), la abuela Gema (prejuicios y autoritarismo) o la anciana Matilde (pobreza extrema). Pacheco (2016) destaca que el rol de las cartas se encuentra en el destinatario como el mismo acto de la escritura, en donde las palabras adquieren un mayor significado en la lectura de la madre y relectura de las hermanas. En el prólogo a la segunda edición de la novela, Iwasaki (2016) propone que la obra es un tratado de estratificación andina de la familia tradicional cusqueña, en la que se extraen sus cinismos, prejuicios, iniquidades y vilezas con el ocultamiento de familias paralelas, hijos ilegítimos, familiares marginados y esclavitud en los empleados domésticos.

Por otra parte, existen dos artículos académicos que analizan la novela desde la mirada de sus personajes. En primer lugar, el estudio de Cárdenas (2016) se enfoca en el análisis de los personajes femeninos desde la mirada del conflicto armado interno, con la metáfora del mito de Antígona para representar la búsqueda de la justicia y la recuperación de la identidad de los desaparecidos. En segundo lugar, Celis-Castillo (2019) enfatiza que el orden social dominante, simbolizado en Gema, se cimenta en el racismo hacia las comunidades indígenas a través de la exteriorización de actos discriminatorios. Por otro lado, en una lectura comparativa entre *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner y la más reciente novela de Karina Pacheco, *El año del viento* (2021), Saavedra (2024) propone un análisis de las novelas desde las ficciones fundacionales en las que se integran la indiferencia, la discriminación, las desigualdades y la violencia en el orden político y social como elementos oscilantes de la historia, los cuales también se aprecian en *La voluntad del molle* (2006).

Por último, en la tesis de licenciatura de Sabogal (2024) se analiza la novela desde dos ejes principales: el primero corresponde a la representación realista de la familia de clase alta peruana como alegoría de las relaciones de poder en la construcción de la violencia del conflicto armado interno desde la narrativa ficcional familiar. En el segundo eje, se plantea que la novela, a partir de la institución familiar, alegoriza el problemático proceso de las memorias colectivas de reconciliación y salvación tras la experiencia con el conflicto armado interno. Todos estos estudios demuestran el alcance académico que ha tenido la novela, en donde se destacan como principales temas los conflictos familiares, el racismo y discriminación en sujetos subalternos, el arribismo social, entre otros aspectos que complejizan la representación de la familia en la sociedad peruana.

Por lo tanto, el propósito de la investigación consiste en demostrar que el discurso del racismo es un fenómeno estructural de herencia colonial actual en nuestro país, el cual funciona como estrategia para la superación y ascenso socioeconómico a través de la práctica de los prejuicios y la discriminación. Estas prácticas racializadas dialogan con los debates contemporáneos de la subalternidad, estudios decoloniales y el blanqueamiento social presentes en diferentes espacios de América Latina. Al analizar los discursos miméticos; es decir, los diálogos de los personajes cuya interpretación corresponde a los sujetos históricamente silenciados e invisibilizados por los grupos dominantes, *La voluntad del molle* ofrece una mirada crítica sobre los imaginarios raciales que estructuran la organización de la familia tradicional peruana y cuestionan sus prácticas racializadas en la negación de la identidad indígena.

2. Metodología

Este estudio aborda el fenómeno del racismo como práctica para el ascenso socioeconómico, la cual es ejecutada por las élites dominantes que buscan, no solo mantener el estatus social, sino también la unidad de la familia tradicional cusqueña. En la novela, el discurso diegético está construido por una narradora heterodiegética en tercera persona que organiza los hechos a través de los diálogos de los personajes. La narradora es una de las hermanas protagonistas, Elena, quien construye el relato desde la subjetividad de cada personaje, en la sucesión de los hechos que se van presentando. En la mayoría de los casos, Elena no participa como personaje de la historia, por lo que recurre al discurso mimético de los personajes subalternos (como Julia o Matilde) para reconstruir, no solo la historia de su madre, sino también su propia historia con el racismo. Otro recurso que reconstruye la narración de la historia son las cartas de Alejandro y Elena-madre, las cuales habían permanecido ocultas, pero posteriormente encontradas por las hermanas.

Para el análisis, hemos seleccionado los diálogos de las hermanas con el personaje de Julia, ya que en estos se observan las prácticas y actitudes racistas que se fundamentarán como estrategias para el ascenso social y económico en la representación de la familia tradicional cusqueña. La voz narrativa de Elena se contrasta con los diálogos de estilo directo, específicamente a través de la tía Julia, en donde su participación como narradora se reduce para conocer directamente los hechos desde la voz de este personaje como sujeto de enunciación. Cabe resaltar

que los personajes subalternos (como Alejandro, Javier y Matilde) no participan en los diálogos seleccionados; es decir, lo que se conoce sobre ellos es a través de las interpretaciones de otros personajes subalternos de la familia, como Julia, quien ayuda a las hermanas a reconstruir la historia de la vida alterna de su madre Elena. Este detalle destaca la invisibilización de las voces subalternas hasta en el propio aparato discursivo de la novela. Los diálogos presentados pertenecen, en general, al personaje de la tía Julia, quien ofrece a las hermanas Elena y Elisa su percepción de la historia de Alejandro y Javier, los sujetos subalternos, y su relación con las élites dominantes, los abuelos Gema y Juan.

La aparición mimética de los diálogos no supone la omisión de la voz narradora, sino más bien un recurso argumentativo que permite la identificación de los hechos con su propia experiencia con el racismo, al vincular los recuerdos de su infancia con la historia de Alejandro y Javier. Por tanto, el análisis del artículo se centra en la hermenéutica narrativa del discurso mimético directo a través de los diálogos de los personajes que representan a las élites dominantes (Gema y Juan) y a los sujetos subalternos (Alejandro y Javier) de la sociedad cusqueña de la segunda mitad del siglo XX.

El corpus está conformado principalmente por los capítulos 7, 29, 27, 4 y 30, seleccionados en ese orden, dado que en ellos se identificó una mayor concentración de diálogos pertinentes para el análisis de las prácticas racistas. Por ende, la elección de estos capítulos no responde a un criterio cronológico o narrativo, sino a uno metodológico orientado a enfocar aquellos pasajes en donde las interacciones entre personajes de las clases dominantes y grupos subalternos permiten evidenciar los actos racistas. En ese sentido, esta investigación parte del supuesto base de que la práctica del racismo es una estrategia de superación socioeconómica de la sociedad cusqueña, representada en la novela. Para ello, se evidencian muestras de la práctica común del racismo en los ciudadanos cusqueños, sobre todo en las familias de clase media-alta, representadas en el personaje de mamá Gema. Su aplicación se sustenta en los prejuicios asociados al color de piel, linaje, rasgos y apellidos indígenas, los cuales actúan como marcadores sociales que se manifiestan en actos de discriminación.

El procedimiento de análisis se organizó en la elección de los diálogos de los personajes y sus acciones, los cuales se dividieron en dos grupos: élites dominantes y sujetos subalternos. Para abordar la relación binaria entre ambos grupos, se utilizó la noción de subalternidad propuesta por Guha (2002) y Beverly (2004), la cual permite comprender la condición del sujeto subalterno y su relación con los mecanismos de poder de las élites dominantes. Por un lado, se establece como élite dominante a los abuelos de las hermanas Elena y Elisa, específicamente a través de la figura de mamá Gema. Por otro lado, Alejandro y su hijo Javier encarnan la figura de los subalternos, quienes serán objeto de las prácticas racistas mediante una sucesión de acontecimientos trágicos, legitimados por la pretensión de superioridad y la necesidad de preservar la posición social que mamá Gema busca sostener dentro de su núcleo familiar. Además, los estudios Callirgos (2015) y Solís (2020) sobre el racismo en el Perú y el proceso de “blanqueamiento social” servirán para explicar el poder que ejercen las clases dominantes sobre los grupos subalternos a través de los prejuicios y

la discriminación. Además, dichas prácticas racistas construyen una estrategia que, además de preservar la posición socioeconómica, contribuye a mantener la unidad de la familia tradicional peruana.

3. Resultados

Para establecer los discursos de poder del dominador sobre el dominado, es necesario abordar dicha interacción como relación binaria que exige la presencia del otro. El primer apartado analiza la relación de las élites dominantes y los sujetos subalternos a través de las prácticas racializadas que ejerce el primer grupo sobre el segundo. Las clases dominantes están representadas principalmente en la figura de Gema, quien, en su rol de madre y abuela, se ha encargado de promover las prácticas racistas a través de los prejuicios y actos discriminatorios hacia los grupos subalternos. El segundo apartado comprende el análisis del blanqueamiento social como medio de superación y ascenso socioeconómico, el cual es justificado por las élites dominantes para mantener el estatus social y la unión de la familia tradicional peruana.

3.1. *Élites dominantes, racismo y subalternidad*

Las élites dominantes ejercen su participación en la historia a través de las estructuras de poder, el control sobre el conocimiento y su capacidad de representación en relación con los otros. Según Beverly (2004), las clases dominantes poseen el poder político por su dominio de la alfabetización y la escritura. Estos factores, sumados a las prácticas del racismo y discriminación en contextos donde la supremacía recae en lo occidental y la subalternidad en lo indígena, exponen una problemática compleja en la representación de la sociedad peruana. En el siguiente pasaje, se observa el primer acercamiento de mamá Gema con Alejandro, al enterarse de la relación que tenía con su hija Elena. En esta escena, las prácticas racistas se presentan en los diálogos de Julia, amiga íntima de Elena-madre:

Pero quizás más grande que ese amor que se tenían era el rechazo de los papás de Elena hacia él. ¡Caramba! Al principio no les disgustó del todo, pero *cuando se enteraron de sus orígenes y de sus apellidos completos, casi se mueren*. Y no pasó mucho tiempo, porque lo primero que la abuela de ustedes hacía cada vez que Elenita tenía un pretendiente, era enterarse de sus orígenes. No importaba si era un vago, un tarado o un mujeriego, si era de una “buena” familia rica, le daba sus bendiciones. Ese no era el caso de Alejandro. (Pacheco, 2016, p. 71, cursivas nuestras)

En la cita presentada, se evidencia el racismo de las élites dominantes expresado en el personaje de mamá Gema a través del rechazo del apellido y orígenes indígenas de Alejandro. Estos elementos motivarán, más adelante, el desencadenamiento de una serie de actos sistemáticos de violencia y crueldad que afectarán la vida de Javier, el hijo extramatrimonial de Alejandro y Elena-madre, no reconocido por los abuelos Gema y Juan. Por tanto, se infiere que estos primeros actos racistas son los que determinan el poder en las clases dominantes, al basarse en los orígenes, apellidos, rasgos y otros factores indígenas que se acercan a la subalternidad.



Los discursos de las élites dominantes demuestran su poder social a través de los prejuicios racistas que ejercen sobre los subalternos, es decir, personas con características indígenas como Alejandro. De la Cadena (2004) menciona que se trata de una visión contemporánea sesgada sobre los indios como un grupo racial-cultural miserable, productos de la dominación colonial, en la que se buscaba la pureza racial con la diferenciación y estigma de las diversas castas. Además, dentro de los escenarios sociales, y sobre todo familiares, las prácticas racializadas aseguraban el orden social dominante de estas élites sobre las comunidades o grupos indígenas, mediante la exteriorización de actos y pronunciamientos discriminatorios que no son cuestionados en la sociedad (Celis-Castillo, 2019). Por consiguiente, el poderío de las élites dominantes, expresado en el personaje de mamá Gema, se reafirma no solo a través de las riquezas económicas familiares, sino con el estatus social que brindan las prácticas racistas hacia los sujetos subalternos, encarnados en seres inferiores o de rasgos indígenas. Asimismo, el racismo constituye una práctica normalizada e interiorizada en los grupos que ejercen la dominación como un medio necesario que consolide el control de las estructuras de poder.

Los sujetos subalternos se inscriben en los márgenes de la sociedad y son ajenos en la escritura de la historia oficial. En una primera aproximación, Guha (1981) los define como aquellos de rango inferior con el rasgo general de subordinación en términos de clase, casta, edad, género, ocupación u otros factores presentados. A esta definición, el autor menciona que la subordinación no puede entenderse como un proceso aislado, sino como resultado de la relación binaria que tiene con la dominación. Los grupos subalternos están sujetos a la actividad de las clases que los gobiernan, incluso si estos deciden sublevarse. En el pasaje siguiente, se evidencia a los sujetos subalternos en las representaciones de Alejandro y Javier, personajes con rasgos y ascendencia indígena que fueron víctimas de la violencia racista ejercida por las élites dominantes cusqueñas. Además, se destacan de manera particular sus rasgos físicos y otros elementos específicos como su apellido y ocupación profesional:

—*Carhuarupay*. Eso fue lo que destruyó la vida de Elena... ¡Pero qué cosas digo! Quienes la destruyeron fueron sus papás, si bien lo hicieron porque *esa palabrita quechua les provocaba urticaria*.

—¿Cómo? —inquirió Elisa.

—Alejandro Ramírez Carhuarupay. Ese es su nombre completo... Fue nuestro profesor de Historia Universal en quinto de media. Era joven. No era guapo, era un hombre atractivo... Un tipo tremendamente interesante. Cuánto más me asombra su inteligencia ahora, pues cuando nos enseñó él tenía 23 o 24 años. Para nosotras, que por entonces teníamos entre 16 y 17, era todo un adulto. Ahora lo vería como un chiquillo, más joven incluso que mi hijo menor. Y sin embargo, qué brillante era. Fue Elena quien lo buscó. No creo que él se hubiera atrevido a cortejar a una alumna, menos si se trataba de *una rubiecita de un colegio de clase alta*, aunque ya saben, aquí las clases altas no son precisamente altas, pero en fin. Si alguien lo buscó fue Elena, y él aunque quiso evitarla al principio, al final cayó en sus redes. (Pacheco, 2016, p. 72, cursivas nuestras)

En el fragmento citado, se sustenta una jerarquización simbólica en la que se privilegia la ascendencia occidental sobre los apellidos y orígenes indígenas, lo que revela una lógica de valoración que privilegia este aspecto sobre otros atributos relevantes del personaje de Alejandro. La relación afectiva entre Alejandro y Elena-madre no fue completamente rechazada por los abuelos Gema y Juan, a pesar de transgredir la normativa ética que regula los vínculos entre docente y estudiante. De hecho, puede inferirse que, de haber contado Alejandro con una posición económica solvente, un apellido español asociado al poder social y características fenotípicas relacionadas a lo blanco, la familia de Elena habría legitimado el vínculo, reduciendo las implicaciones racistas de su origen. Por consecuencia, se deduce que la reacción de los abuelos ante la relación no responde a la transgresión de la ética docente-estudiante, sino a la posición subordinada de Alejandro en la estructura de poder racial y económico.

La ambivalencia moral de los abuelos frente a la relación de Elena-madre y Alejandro no se fundamenta en la prohibición de encuentros amorosos o sexoafectivos, sino en el lugar que Alejandro ocupa (o no ocupa) dentro del orden racial y económico dominante. Para Solís (2020), en las relaciones sociales cotidianas se han creado “marcadores” o “indicadores” para diferenciar y establecer las jerarquías sociales en relación con el origen, posición socioeconómica, apellido, nivel de instrucción, forma de hablar el castellano, apariencia física, estilo de vida, vestido, entre otros. Estos criterios son validados en aquellos individuos que racializan y se diferencian unos de otros mediante la “escala del choleamiento”. Por otro lado, Quijano (2014) menciona que la clasificación racial de la población, basada en criterios fenotípicos y de origen cultural, ha sido uno de los ejes más persistentes de la organización social en América Latina. El autor propone el concepto de colonialidad del poder, el cual permite comprender que las jerarquías sociales y raciales, instauradas durante la conquista y colonización de América, continúan moldeando los imaginarios, los cuerpos y, principalmente, las relaciones sociales. Por ello, se infiere que los marcadores sociales, como el apellido indígena “Carhuarupay” en Alejandro, propician el establecimiento de escalas sociales aún replicadas en el pensamiento de las élites dominantes, quienes se basan en estos indicadores como mecanismos de validación social capaces de neutralizar, incluso, las transgresiones morales. Así, la raza y el apellido se constituyen como dispositivos clasificatorios que rigen el acceso a la aceptación y al reconocimiento dentro del orden cultural hegemónico de las clases dominantes.

En el episodio narrado, Javier, fruto de la relación extramatrimonial entre Alejandro y Elena-madre, es también un sujeto subalterno. Durante sus primeros años, su experiencia vital estuvo marcada por la exclusión y la violencia estructural: fue separado de su madre por decisión de los abuelos y entregado a una familia inmersa en el alcoholismo y situaciones de abuso. De esta manera, Javier atravesó por una infancia en condiciones de extrema precariedad y vulnerabilidad:

—Creo que su papá lo puso en un colegio muy bueno del Cusco. ¡A saber cómo lo tratarían sus profesores y compañeritos en ese sitio!

—¿Dices eso porque *no hablaba bien el castellano*?

—Así es. Lo maltratarían por eso, también por *sus apellidos y seguro también porque no tenía mamá ni papá conocido*. ¡Qué cosas le habrán hecho pasar en ese colegio! (Pacheco, 2016, p. 190, cursivas nuestras)

En el párrafo mencionado, se observa que el maltrato físico, psicológico y las carencias materiales acentúan la condición del sujeto subalterno. El no dominio de la lengua castellana, los apellidos indígenas y la ausencia de figuras parentales reconocidas provocaron la inserción de Javier en la subalternidad, ya que eran precisamente estas causas las que provocaban los menosprecios de las clases dominantes en el ámbito cotidiano de la escuela. Producto de estas acciones, Javier forma su personalidad como un sujeto tímido y arisco, con el que era difícil mantener una conversación por su carácter antisocial y agresivo. Por tanto, se infiere que Javier se inscribe como sujeto subalterno al ser parte de los olvidados de la historia; es decir, corresponde al espacio de la subalternidad que ha sido discriminado por las mismas características de su padre: el apellido y rasgos indígenas.

Javier se inscribe como sujeto subalterno regido por las marcas estructurales que comparte con su padre pero que se agudizan en la construcción de su yo. La construcción del sujeto subalterno se basa en la negación de las clases dominantes, es decir, ser parte de ese otro que construía su identidad en base a la oposición. Asimismo, el estatus y el dominio de la alfabetización de las clases dominantes permitían su escritura en la historia, sin considerar a los grupos subalternos como agentes de los procesos históricos, sociales y políticos (Beverly, 2004). Es decir, el sujeto subalterno es conceptualizado y entendido como carente de poder de autorrepresentación. Spivak (1988) sostiene que el subalterno es privado del derecho a hablar y ser escuchado en sus propios términos dentro de las estructuras dominantes del discurso, incluso cuando se le otorga una supuesta visibilidad o acceso. En el diálogo citado, la inscripción de Javier en un “colegio muy bueno del Cusco” no representa su integración real con las élites dominantes, sino una incorporación violenta que refuerza su exclusión subalterna. Por el contrario, su inserción agrava uno de los principales conflictos que atraviesa Javier: su no dominio del castellano. Para Delgado (1971), la superación de la barrera lingüística constituye el prerrequisito de todo ascenso social para la población quechua y aimara. Sin este control, es imposible el desplazamiento de los grupos subalternos a una sociedad cada vez más urbana y competitiva.

En consecuencia, su dificultad para hablar castellano, sus apellidos indígenas y la ausencia de figuras parentales legítimas lo convierten en objeto de múltiples formas de discriminación. Incluso, la subalternidad de Javier parte de una representación que carece de su propio discurso, ya que se accede a su identidad a partir de la intervención de otros personajes. Ante la ausencia de una voz, Javier se encarna como personaje subalterno desde la percepción e interpretación de Julia y las hermanas, quienes construyen su personalidad desde su condición de víctima de violencia y discriminación (Sabogal, 2024). Con relación a esta perspectiva, los sujetos subalternos no tienen agencia para hablar e intervenir en la historia; por el contrario, son reprimidos no solo a

través de las prácticas racistas, sino mediante el silenciamiento estructural basado en la defensa de los marcadores sociales.

En una lectura comparativa de novelas generacionales, en *Memorias de un soldado desconocido* (2012) de Lurgio Gavilán, existe un vínculo entre la experiencia del racismo y la condición subalterna del personaje autobiográfico y Javier en *La voluntad del molle* (2006). Artigas (2021) sostiene que el ingreso del protagonista a Sendero Luminoso puede entenderse como una respuesta al contexto de soterramiento del campesinado, es decir, a la condición histórica de exclusión y subalternidad de la población indígena y campesina. Esta idea dialoga con la situación de Javier y su imposibilidad de hablar en sus propios términos y ser reconocido como parte de las élites hegemónicas. De esta manera, la adhesión de ambos personajes al grupo terrorista se puede interpretar como una búsqueda de pertenencia, en un intento por recuperar la agencia verbal, aquella que es negada por las jerarquías raciales dominantes de la sociedad peruana. En ese sentido, la militancia senderista se configura, paradójicamente, en una de las pocas alternativas que tienen los sujetos subalternos para abandonar la posición del silencio y reclamar su lugar como agentes en la escritura de la historia, aun cuando dicho esfuerzo se termine insertando en un proyecto político violento. Por consiguiente, se infiere que los marcadores sociales se encuentran respaldados por las prácticas racializadas de las élites dominantes, lo que impide la visibilización y participación de los grupos subalternos como protagonistas de la historia y agentes de cambio en la construcción de un proyecto nacional inclusivo.

Hasta el momento, se ha analizado la representación de los sujetos subalternos en discursos en donde prima el racismo y la discriminación por parte de las élites dominantes. Sin embargo, estas prácticas racializadas también se observan en las esferas familiares y escolares de las élites dominantes. En las escenas presentadas, se exponen dos situaciones importantes. El primer diálogo alude al comentario de una niña a Elena tras recibir el papel de ángel para el evento de Navidad del colegio. La segunda situación es la narración de Elena en edad adulta, en la que reflexiona sobre el impacto de los fenotipos de sus primos, hermana y tíos en las relaciones y convivencia familiar:

—¿Acaso hay ángeles con cara de cholo? —me espetó—. Los angelitos siempre son blanquitos, como yo. (Pacheco, 2016, p. 177, cursivas nuestras)

Carlos tenía el pelo y la piel clara; los tres hijos de mi tío Fernando eran cobrizos y de pelo oscuro y rizado. Mi hermana tiene la piel muy blanca y los ojos grandes y verdes; *yo soy morena y mis ojos son negros y achinados*. A Julia, la esposa de tío Fernando, la trataban con distancia y a lo sumo con fría cortesía. A papá y al marido de tía Isabel *los llamaban hijos, les daban palmaditas en la espalda*, y cuando íbamos a comer a su casa, *la abuela se desvivía porque les sirvieran las mejores presas o las bebidas que les gustaban*. (Pacheco, 2016, p. 48, cursivas nuestras)

En los párrafos mencionados, la narración testimonial de Elena evidencia que el racismo no solo proviene de las élites dominantes, sino que además se expande en entornos más cercanos como la escuela y la familia. La exclamación infantil sobre la imposibilidad de que un ángel tenga “cara de cholo” expo-

ne la temprana socialización con los prejuicios racistas, en donde “lo blanco” simboliza la pureza y lo inmaculado. De manera similar y paralela, se observa la comparación de los fenotipos dentro de la familia (piel clara, cabello rubio, ojos verdes vs. piel morena, cabello negro y ojos oscuros), los cuales no son atributos neutrales, sino marcadores jerárquicos que determinan el acceso al reconocimiento y vínculo afectivo. Esto se demuestra en los tratos diferenciados por parte de mamá Gema, quien mostraba un mayor esmero en ofrecer mayor atención por aquellos familiares que se insertan más en el modelo hegemónico; es decir, “lo blanco”. Por tanto, se infiere que las prácticas racializadas están presentes no solo en las clases dominantes, sino también en los círculos cotidianos de la escuela y la familia, reforzadas en tratos discriminatorios que afectan las relaciones escolares y familiares.

Para las élites dominantes, las interacciones escolares y familiares están regidas por aquellas prácticas discriminatorias fundamentadas en marcadores fenotípicos que delimitan el valor social de las clases subalternas. Callirgos (1993) menciona que se trata de un “racismo aversivo”, el cual es expresado en el habla cotidiana de los jóvenes que, en contraposición con los adultos, transmite los prejuicios racistas cuando los mecanismos de censura son bajos: en insultos, bromas o chistes. Esta modalidad es la que utiliza la compañera de clase de Elena, al referirse despectivamente hacia ella por su color de piel y características indígenas, ya que, desde la mirada hegemónica occidental, no es posible concebir a un ángel con rasgos de cholo. Asimismo, se resalta que la expresión verbal de estos prejuicios tiene repercusiones en la conciencia social y personal, tanto en quienes lo dicen como en quienes lo reciben. Este suceso es comparado cuando Elena observa los tratos diferenciados de su abuela Gema hacia los diferentes miembros de su familia. Portocarrero (2013) sostiene que el racismo en el Perú es un “secreto a voces”; es decir, una práctica que se conoce, pero que nadie se atreve a decir en público. Además, menciona que, en el contexto peruano, la ideología del mestizaje no ha logrado aún incorporarse en nuestra sociedad, puesto que existe la persistencia de la jerarquización a través del blanqueamiento. En el fragmento citado, los mecanismos del silencio y negación del racismo por parte de mamá Gema mantienen el equilibrio en los vínculos afectivos familiares, aunque la discriminación sea evidente en sus tratos diferenciados. Su atención desmedida y excesiva cordialidad se justifican en los marcadores fenotípicos que jerarquizan la distribución de los afectos y reconocimientos dentro de la familia. Por ende, estas escenas ejemplifican, desde la experiencia temprana de la niñez, la interiorización y reproducción de un orden simbólico estructural a partir de la aspiración de lo blanco que toma distancia y desprecio a lo subalterno indígena.

3.2. El blanqueamiento social como medio de superación socioeconómica

El blanqueamiento social es un fenómeno que responde a uno de los tipos de respuesta que tiene el subalterno al recibir racismo y discriminación. Para Callirgos (2015), es un proceso simbólico y estructural mediante el cual los sujetos subalternos buscan alejarse de cualquier marcador racial, cultural o lingüístico asociado a lo indígena, para aproximarse al ideal blanco del orden social hege-

mónico. El blanqueamiento actúa para canalizar el sufrimiento; es decir, “si el ser indio, negro, cholo o mestizo genera baja autoestima, si uno se siente poco apetecible o atractivo(a), es entendible querer ‘ascender’” (p. 102). Para Solís (2020), el blanqueamiento social responde también al “color blanco”, que constituye uno de los elementos más estereotipados del colonialismo hasta nuestros días. Además, esta adaptación denota características positivas como la supremacía, los bienes materiales, el dominio del castellano, entre otros rasgos que colocan al sujeto subalterno como superior en comparación con otros colores de piel. En el siguiente párrafo, se evidencia el poder de las élites dominantes cusqueñas, quienes perpetúan los prejuicios racistas heredados de la colonia y reproducen la discriminación en los sujetos subalternos:

—Tu hermano nunca pudo llamarse Javier Ramírez Carhuarupay, como si hubiera sido hijo de padre soltero. Mira, aquí está su partida. Dice: *Javier Rufino Huamán Quispe*.

Los dos apellidos más extendidos del Perú los tenía mi hermano. Por lo mismo, *eran también los apellidos más mentados en los chistes abundantes sobre indios brutos, torpes, ingenuos, que a lo largo de mi vida había oído en labios de mis amigos*. Ninguno de nosotros, por más evidencias andinas que mostraran nuestros rostros, nuestras costumbres, o nuestro mismo acento al hablar en castellano, nos habíamos sentido indios. Incluso asumirnos como mestizos era algo que se atragantaba, que producía rubores, escozores. No importaba si durante la Colonia se hubiera bautizado con los apellidos ibéricos de los conquistadores a cuanta población nativa se ubicara en los territorios que se adjudicaron. Esto ni se conocía, se pasaba por alto en las mismas clases de historia, y todos preferían olvidarlo; *lo importante era tener un apellido no indígena en el presente, y en mi presente, como en el de mis amigos, los apellidos quechuas estaban ausentes. Y Javier...* A diferencia de su padre, *mi hermano no había tenido ningún apellido hispánico al que aferrarse para sobrevivir en el Perú*. (Pacheco, 2016, p. 196, cursivas nuestras)

En el fragmento mencionado, los apellidos no constituyen simples palabras con las que se nombra a una persona; por el contrario, son una marca social que define cómo uno es mirado, nombrado e incluso silenciado. Portar apellidos de origen quechua, como “Huamán” o “Quispe”, equivale a encarnar una identidad indígena asociada a la ignorancia, torpeza e ingenuidad. Estos prejuicios son consecuencia de siglos de burlas, estigmas y exclusiones que aparecen cotidianamente en las bromas entre amigos, en las aulas del colegio, en las clases de historia que omiten lo indígena, y en la vida diaria, donde todo lo no blanco se vuelve motivo de vergüenza. Por consiguiente, la experiencia de Javier demuestra que los rezagos coloniales se mantienen vigentes, no solo en los registros oficiales, sino también en los contextos escolares, en las relaciones afectivas y en las prácticas cotidianas que legitiman la blanquitud como aspiración hegemónica y lo indígena como exclusión de la sociedad.

La preferencia por apellidos hispánicos y la vergüenza asociada a los apellidos quechuas evidencian un orden social donde la blanquitud opera como principio hegemónico de legitimación, mientras que lo indígena es construido como la otredad subalterna, invisible e indeseable. Se ha afirmado que estas prácticas racistas son producto de la colonización, no obstante, los postulados del positivismo del siglo XIX también contribuyen al desprestigio de lo indígena, lo que

se puede llamar “racismo científico”. Palma (2022 [1897]) menciona que la raza india era degenerada y la más inferior de todas, sin autonomía, sin carácter, sin aspiraciones, inadaptable para la educación, con una vida mental casi nula, por lo que todos sus defectos constituyen una herencia biológica irreparable e incapaz para la civilización humana. Este tipo de declaraciones revela que el positivismo construyó al indígena no solo como un sujeto ajeno a la historia, sino como un cuerpo racializado que debía desaparecer o, incluso, ser absorbido con mezcla de otras razas como la europea o asiática. Además, esa colonialidad del poder, expresada en la persistencia del patrón indígena mencionado, sobrevive y rige las estructuras sociales, epistémicas y simbólicas de la sociedad (Quijano, 2014). El caso de Javier y sus apellidos indígenas demuestra que la colonialidad del poder orienta también el campo afectivo y subjetivo: los personajes no solo son discriminados desde afuera, sino que interiorizan la vergüenza de su origen, borran sus raíces y anhelan una identidad construida desde las directrices del dominador. Como consecuencia, aparece el blanqueamiento social que busca que los sujetos subalternos se desvinculen de todo lo indígena, incluyendo el apellido, los fenotipos, la lengua y las prácticas culturales (Callirgos, 2015). En la experiencia citada, la carga despectiva que rodea a los apellidos quechuas y la necesidad de ocultarlos no es una opción que pueda tener Javier, ya que se encuentra en una imposibilidad de “blanquear” su identidad, lo que lo deja en situación de vulnerabilidad de los grupos subalternos. Por ello, se evidencia que la práctica del blanqueamiento social responde a una necesidad de supervivencia en la que el sujeto subalterno se ve forzado a cambiar o parecer a lo blanco para integrarse a la estructura social dominante. En la escena presentada, se explica que el pensamiento de mamá Gema no siempre fue en base a la predilección de lo blanco sobre lo indígena:

—Yo nunca entendí esas actitudes —comentó Elisa—. Mis abuelitos no tenían mucho dinero, ¿de dónde tantas pretensiones?

—Quizás precisamente por eso, hija —continuó tía Julia—. Elena me contó que la mamá de su mamá procedía de una familia más o menos rica que cayó en la ruina, pero se encargó de inculcarle cómo hallar buenos maridos para sí y para los hijos que tuviera. Tu abuela, sin embargo, y esto es paradójico, se fue a casar con un señor que tampoco tenía mucho nombre ni fortuna, pero que seguramente compartía con ella esas mismas ínfulas y expectativas, así que dedicaron su vida a que fueran sus hijos quienes cumplieran sus sueños. En principio, solo les dio resultado Isabel, ya en segundas nupcias con Elena y con el que fuera su marido. (Pacheco, 2016, pp. 71-72)

En el párrafo citado, se observa la verdadera intención de mamá Gema en la transmisión de prácticas racistas que le permitieron mejorar su estatus social y el de su familia. El racismo arribista, inculcado desde la infancia a través de la figura materna, se configura como una respuesta directa al trauma de la ruina familiar. A partir de este suceso, se confirma la manifestación y consolidación de prácticas racializadas, las cuales operan como mecanismos de defensa frente a la pérdida del estatus social. Este hecho marcó un episodio trascendental en su vida y el inicio de prácticas racistas que estarían justificadas en la conservación del poder económico y social, propio de los grupos dominantes.

Por tanto, se infiere que las prácticas racializadas aplicadas de generación en generación eran un medio para mantener y conservar el progreso económico y estatus social en las familias.

El proceso de blanqueamiento social se encontraba arraigado en las generaciones familiares anteriores al ser un principio que asegura el estatus socioeconómico a través de prácticas racializadas que reafirman su permanencia como élites dominantes. Zapata y Rojas (2013) afirman que, en el siglo XX, la educación y la posición económica se convierten en los indicadores para la discriminación en indígenas y mestizos. El patrón de lo étnico-racial deja de ser el único elemento de la discriminación, ya que, en esta época, era más común que los hijos de indígenas se eduquen y asciendan socialmente. En consecuencia, son tolerados o incorporados a los grupos de las élites dominantes, por lo que la clase social, económica y educativa empezó a imponerse sobre lo étnico. No obstante, Solís (2020) menciona que, aunque el subalterno logre insertarse en las estructuras hegemónicas y se esfuerce por alcanzar el éxito dentro de los espacios de la modernidad, su trayectoria continuará siendo condicionada por los marcadores culturales, en ocasiones fenotípicos, que adquieren mayor importancia en los procesos de inclusión y reconocimiento social. Frente a la crisis económica que amenazó su estabilidad, la familia de mamá Gema adoptó la estrategia del blanqueamiento social no solo para garantizar el ascenso social y económico, sino también para conservar su pertenencia en la clase burguesa cusqueña. Por tanto, se concluye que la madre de Gema cumplió un rol central en la transmisión de la importancia de establecer vínculos con parejas socialmente “convenientes”, con la finalidad de asegurar la reproducción del estatus y avanzar en una progresiva blanquitud simbólica del linaje familiar. En el diálogo presentado, se observa una conversación alturada e incómoda entre Elena y sus padres Gema y Juan, los cuales, aparentemente, tratan de mantener la calma frente a la situación del racismo:

—¡Cómo no me voy a calmar! Papá, tú mírate al espejo, *¿es que nunca vas a reconocer en ti rasgos indígenas? ¿Te has mirado alguna vez fijamente a los ojos?* Porque dale que dale humillando a los que no encuentras blanquiñosos. ¡Qué vergüenza me da todo esto!

—*A ti te debería dar vergüenza andar insultando a tu padre de esa manera* —estalló, y a punto estuvo de levantarle la mano.

—*Explícame por qué sería un insulto decirle a papá que vea en su rostro ancestros indígenas que yo también debo tener*, aunque las apariencias engañen. ¿Dónde está el insulto, mamá?

—Ya vete, Elena. Tú no aprendes y siempre estás tratando de ofendernos.

—*Quizá cuando tus hijas crezcan nos vas a comprender* —añadió el abuelo—. Este mundo es muy cruel y a veces hay que tomar decisiones duras para sobrevivir en él. (Pacheco, 2016, p. 49, cursivas nuestras)

En el párrafo citado, el diálogo entre Elena y sus padres expone el conflicto íntimo y desgarrador de las prácticas racializadas en las dinámicas familiares. Por un lado, desde la perspectiva de los padres, existe una insistencia por negar sus rasgos indígenas y descalificar todo aquello que no cumpla con el ideal hegemónico de “lo blanco”. Por otro lado, la indignación de Elena está compuesta por un discurso directo y confrontativo que cuestiona la desvalorización

de lo indígena, frente a sus padres que interpretan este acto como una grave ofensa hacia su persona y familia. Asimismo, el comentario del abuelo Juan se introduce en una lógica de resignación al justificar la negación de los orígenes indígenas como estrategia de supervivencia frente a un entorno marcado por las jerarquías raciales. Además, el fragmento mencionado coloca en tensión la reproducción de prácticas racializadas ocultas y justificadas frente a su cuestionamiento que busca develar las fracturas de las memorias familiares y sus efectos en las dinámicas afectivas y relacionales. Por tanto, se infiere que la negación de los orígenes es una estrategia que las familias realizan para encontrar y mantener el estatus social que protegerá a los miembros del núcleo familiar.

La negación de los orígenes indígenas, además de ser un acto que oculta la identidad de los grupos dominantes, constituye una estrategia consciente para el ascenso socioeconómico que las familias adoptan para asegurar el estatus social, entendiéndose como mecanismo de protección frente a la exclusión y la estigmatización que recaen en los grupos subalternos. Bajo este contexto, Portocarrero (2013) menciona que estamos frente a dos fenómenos. El primero es el autoracismo, el cual consiste en la negación racial por parte del mestizo que cae en la imposibilidad de reconocer su propio rostro en el espejo. Este suceso es atravesado por Juan y Gema cuando su hija Elena los interpela directamente, en especial al padre, quien es incapaz de reconocerse con rasgos indígenas, incluso adoptando la intervención de Elena como una afrenta a la autoridad paterna y a la estabilidad familiar.

El segundo fenómeno presentado por el autor es la utopía del blanqueamiento, la cual consiste en la idealización de lo blanco con la finalidad de “mejorar la raza”. Esta utopía dialoga con las propuestas ya explicadas por Callirgos (2015) y Solís (2020), en la que se añade como proyecto transgeneracional en la que se asegura que los indígenas, en el transcurso de tres generaciones, podrían tener descendientes perfectamente blancos. En otras palabras, la clave se encontraba en casarse y tener hijos con alguien más blanco que uno mismo. De esta forma, el linaje iba adquiriendo la posición social esperada, en donde el sueño de los padres indígenas por blanquearse era cumplido por los hijos o nietos. Esta concepción colonial, evidenciada sobre todo en los cuadros de castas, determina el imaginario social de las élites dominantes, quienes anhelan el blanqueamiento como medio que consolida no solo los ideales de belleza hegemónica, sino también el medio para el ascenso y superación socioeconómica. En la búsqueda por la utopía del blanqueamiento, aparece la negación de los orígenes indígenas en la que Callirgos (1993) afirma que “al discriminar a alguien por indio se niega la probable parte ‘india’ de uno mismo, lo cual significa la negación de la propia identidad” (p. 13). Frente a la imposibilidad por reconocerse en la otredad indígena, los abuelos Juan y Gema justifican el blanqueamiento social para la conservación de un estatus social, económico e incluso familiar. Además, la intervención del abuelo Juan: “A veces hay que tomar decisiones duras para sobrevivir en él”, evidencia que el racismo opera como práctica consciente, sistematizada y violenta como única respuesta para la supervivencia organizada en jerarquías raciales que penalizan al otro indígena, al subalterno. Por consecuencia, esta negación de los orígenes indígenas busca una nueva identidad a través

del blanqueamiento con estrategias fundamentadas en las prácticas racistas y discriminatorias hacia aquellos sujetos subalternos en los que se puede tener el control y el poder desde las esferas dominantes.

4. Discusión

En el primer resultado del análisis de *La voluntad del molle*, se identifica como élite dominante al personaje de Gema, quien ejerce su poder y control sobre los sujetos subalternos, Alejandro y Javier, a través de prácticas racializadas. Dichas prácticas operan mediante prejuicios relacionados con el color de piel, linaje, rasgos y apellidos indígenas, lo que deriva en actos de discriminación por los marcadores sociales mencionados. Solís (2020) sostiene que estos criterios sociales, sumados al nivel de instrucción, forma de hablar el castellano, apariencia física, entre otros aspectos, definen la validez de los individuos desde la perspectiva jerárquica de las clases dominantes. Asimismo, Quijano (2014) refuerza que estos marcadores moldean nuestros imaginarios e interacciones sociales, incluso para neutralizar y normalizar las prácticas racistas ejercidas por las élites dominantes.

En cuanto al segundo resultado, el fenómeno del blanqueamiento social constituye un proceso problemático y complejo, puesto que no logra erradicar el racismo estructural; por el contrario, lo refuerza e incluso lo legitima como medio necesario para el ascenso social. Para Callirgos (2015), el blanqueamiento social aparece para evitar el sufrimiento del racismo, puesto que todo lo relacionado con lo blanco se resignifica en aspectos relacionados con lo positivo o exitoso. Aunque esta práctica esté dirigida, principalmente, a los sectores indígenas, provincianos y quechuahablantes que, en un intento por evitar la estigmatización, el dolor emocional y la discriminación sistemática vinculados a la condición de pobreza, color de piel, origen cultural o apellido indígena, recurren al blanqueamiento, es necesario plantear críticamente sus implicancias. El blanqueamiento social puede propiciar determinados beneficios asociados con la modernidad, como el acceso a educación superior de calidad, estabilidad económica, empleos estables y vínculos familiares fuertes. Sin embargo, y desde la perspectiva del personaje de Gema, estos logros habrían sido imposibles de alcanzar sin recurrir a las prácticas racializadas. Esta situación permite cuestionar la legitimidad ética del blanqueamiento, ya que dicho proceso implica no solo la negación de las raíces indígenas, sino también la incorporación acrítica de un modelo hegemónico que reproduce y perpetúa las estructuras de poder impuestas por las élites dominantes.

El presente artículo se inserta en los estudios decoloniales sobre la narrativa ficcional representada en la novela de Karina Pacheco, considerando la delimitación de sus personajes en dos grupos principales: dominantes y subalternos. Se ha considerado pertinente realizar un análisis desde esta perspectiva, ya que la bibliografía existente ha enfocado su atención desde el contexto del conflicto armado interno, sus mecanismos de reconciliación con la nación peruana (Cárdenas, 2018; Celis-Castillo, 2019) y la alegoría de la memoria familiar en el proceso de inclusión y reconciliación (Sabogal, 2024). Por ende, el abordaje desde la óptica de la subalternidad posibilita, no solo el reconocimiento de los grupos sociales mencionados, sino la reflexión crítica sobre la

generación de un fenómeno más complejo: el blanqueamiento social. Cabe resaltar que esta delimitación teórica sobre la novela determinó que no se considerara una lectura sobre la figura alegórica del molle, la cual propendría una visión esperanzadora en conciliación con la memoria familiar fragmentada y el cuestionamiento de las prácticas racializadas ejercidas por los personajes de los abuelos. No obstante, la propuesta teórica presentada en esta investigación brinda la posibilidad de que futuros estudios analicen la subalternidad como puente que construye fenómenos sociales y políticos más complejos en las variadas representaciones de la sociedad peruana.

5. Conclusión

En la presente investigación se ha demostrado que la práctica del racismo funciona como estrategia para la superación socioeconómica en la sociedad cusqueña de la segunda mitad del siglo XX representada en la novela. Para ello, se utilizó el concepto de subalternidad para identificar a las élites dominantes que ejercen control y poder sobre los sujetos subalternos. Dichos mecanismos de poder o prácticas racistas están conformados por los prejuicios como el color de piel, linaje, rasgos y apellidos indígenas, así como la discriminación por los marcadores mencionados. El blanqueamiento social aparece como una estrategia para conservar y proteger no solo su estatus socioeconómico, sino también la unidad de la familia tradicional cusqueña y peruana. Por lo tanto, *La voluntad del molle* de Karina Pacheco expone, desde la representación de personajes subalternos y dominantes, discursos y prácticas racializadas que problematizan nuestros orígenes y gran parte de nuestra historia. Este hecho nos invita a repensar sobre la vigencia de determinadas actitudes racistas y discriminatorias, además de la reproducción del modelo dominante que ha traído desigualdad, violencia e injusticia a quienes aún tienen pendiente reescribir la historia de los subalternos en el Perú.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Angelica Isabel Amaro-Pinazo cumplió con todas las fases CRediT.

DECLARACIÓN DE USO DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL GENERATIVA (IA-G)

La autora declara que no se han utilizado herramientas de IA en el proceso de investigación o redacción de este manuscrito.

REFERENCIAS

- Ágreda, J. (17 de junio de 2016). La voluntad del molle. *El montonero*. <https://elmontonero.pe/columnas/la-voluntad-del-molle>
- Ardito, W. (2012). Escarbando en el racismo cusqueño. *Pututu*, 51, 5-6. http://files.grupo-alturas.com/pdfs/ven_Pututu_51.pdf

- Artigas, M. E. (2021). Modos, formas y mecanismos de la violencia en Memorias de un soldado desconocido de Lurgio Gavilán Sánchez. *Letras (Lima)*, 92(136), 102-114. <https://doi.org/10.30920/letras.92.136.9>
- Beverley, J. (2004). *Subalternidad y representación*. Debates en teoría cultural. Iberoamericana y Vervuet.
- Callirgos, J. (1993). El racismo: la cuestión del otro (y de uno). DESCO. <https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/LA%20CUESTION%20DEL%20OTRO%20%28Y%20DE%20UNO%29.pdf>
- Callirgos, J. (2015). El racismo en el Perú. En S. Oboler & J. Callirgos (Eds.), *El racismo peruano* (pp. 83-152). Ministerio de Cultura, Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco. <https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/el-racismo-peruano.pdf>
- Cárdenas, M. (2018). El mito de Antígona en La voluntad del molle (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual. En G. Forero (Ed.), *Justicia y paz en la novela de crímenes* (pp. 1-23). Siglo del Hombre Editores. <https://hal.science/hal-01694323/document>
- Celis-Castillo, P. (2019). Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en La voluntad del molle. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, 9(2), 85-108. <https://doi.org/10.5070/T492046325>
- De la Cadena, M. (2004). *Indígenas mestizos. Raza y cultura en el Cusco*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Delgado, C. (1971). *Problemas sociales en el Perú contemporáneo*. Instituto de Estudios Peruanos. <https://repositorio.iep.org.pe/server/api/core/bitstreams/b3398c6d-e93c-47f1-ad72-12444af63a2a/content>
- Guha, R. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica Barcelona.
- Iwasaki, F. (2016). Karina Pacheco nace de suyo. En K. Pacheco Medrano, *La voluntad del molle* (2.ª ed., pp. 9-13). Fondo de Cultura Económica.
- Meza, J. (2012). La voluntad del molle (es buscar lectores). *Pututu*, 51, 3-5. http://files.grupo-alturas.com/pdfs/ven_Pututu_51.pdf
- Pacheco, J. (30 de julio de 2016). La caja de pandora de Karina Pacheco. *Iluminaciones*. <https://eltonhones.blogspot.com/2016/07/pacheco-karina-la-voluntad-del-molle.html>
- Pacheco, K. (2016). *La voluntad del molle* (2ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Palma, C. (2022, 1897). El porvenir de las razas en el Perú. En *Obra estética y otros textos críticos* (pp. 91-128). Editorial Nostoi. <https://drive.google.com/file/d/1PsrtfrS3KAd2X-sMe4bzNqUbMAJIHB-n/view>
- Portocarrero, G. (2013). La utopía del blanqueamiento y la lucha por el mestizaje. En *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia* (pp. 165-200). CLACSO. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20130722095432/Gonzalo_Portocarrero.pdf
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/*

- descolonialidad del poder* (pp. 777-832). CLACSO. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140507042402/eje3-8.pdf>
- Saavedra Chávez, O. (2024). De Aves sin nido a El año del viento: la contigüidad de dos ficciones fundacionales. *Letras (Lima)*, 95(142), 118-134. <https://doi.org/10.30920/letras.95.142.9>
- Sabogal, A. (2024). *¿Quiénes son los hijos del Perú? Familia, nación y memoria en La voluntad del molle de Karina Pacheco*. [Tesis de licenciatura]. Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio digital de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://tesis.pucp.edu.pe/items/e1626df4-7abb-4423-9a96-dcd41229b94d>
- Solís, J. (2020). Los discursos de odio: lenguaje y racismo en el Cusco. *Revista De La Facultad De Derecho y Ciencias Políticas: Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco*, 4(12), 123-144. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7921813>
- Spivak, G. (1998). ¿Puede hablar el sujeto subalterno? *Orbis Tertius*, 3(6), 175-235. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2732/pr.2732.pdf
- Zapata, A., & Rojas, R. (2013). *¿Desigualdades desde siempre? Miradas históricas sobre la desigualdades*. Instituto de Estudios Peruanos.

* * *

Angelica Isabel Amaro-Pinazo es bachiller en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). En el 2022, como parte de la carrera, realizó un intercambio académico en Filología Hispánica en la Universidad de Jaén (UJA), España. Sus áreas de investigación son los estudios subalternos, la poesía hispanoamericana, la didáctica de la literatura y las literacidades académicas en la universidad. En el ámbito laboral, tiene experiencia en gestión cultural, educación secundaria del área de Comunicación y corrección de textos académicos. Actualmente se desempeña como asistente de docencia en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).